

# 2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



## **Autoridades**

### **Presidenta de la Nación**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

### **Secretario de Cultura de la Nación**

Jorge Coscia

---

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

### **Presidenta**

Lic. María del Carmen Bianchi

### **Secretario**

Lic. Martín Cáneva

### **Vocales**

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

---

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | [www.conabip.gob.ar](http://www.conabip.gob.ar)

★ 2110 ★  
LA  
ARGENTINA  
DEL  
TERCER  
CENTENARIO

---

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -  
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.  
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.  
CDD A863

---

### **Libro de distribución gratuita**

#### **Coordinación general:**

María Julia Magistratti

#### **Coordinación editorial:**

Esteban Gutiérrez

#### **Diseño y diagramación:**

Laura Rovito

#### **Ilustraciones:**

Pablo Bernasconi

#### **Colaboraron especialmente con esta edición:**

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional  
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

## Índice

Presentación .....	7
Prólogo de Ricardo Piglia .....	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i> .....	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i> .....	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i> .....	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i> .....	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i> .....	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i> .....	53
Juan Forn / <i>Así</i> .....	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i> .....	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i> .....	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i> .....	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i> .....	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i> .....	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i> .....	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i> .....	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i> .....	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i> .....	117
María Moreno / <i>El parto</i> .....	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i> .....	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i> .....	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i> .....	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i> .....	163



Estamos apretados: estamos muy apretados. Es urgente que lo sepan los integrantes de la Junta Grande, apenas consigan reunirse, según entendemos que lo intentan, en algún lugar de Europa. ¿Habrá manera de que nuestra situación sea fehacientemente conocida por Ese Gran Argentino, apenas desembarque de la cañonera y tome nota del estado de las cosas por estas horas? Porque la verdad, y no es por quejarse, es que estamos demasiado apretados, muy pero muy apretados. No somos muchos, nunca lo fuimos. Ni siquiera cuando bajaron de los barcos los europeos del Proyecto Sarmiento alcanzamos a ser demasiados; siempre pudimos estirar las piernas con holgura, estar un poco solos, quedarnos apartados; siempre precisamos alzar bastante la voz para hablarnos unos a otros, siempre estuvimos más bien dispersos, aquejados por la extensión. Ahora no, ahora estamos apretados. Muy pero muy apretados. Hacínados yo diría. No éramos tantos, y después quedamos menos. Unos cuantos fueron muriendo en la aglomeración, asfixiados, pisoteados, la noche del Gran Repliegue. Los argentinos aterrados pugnábamos por salir todos juntos y todos por el mismo puerto. No puedo jurar, aunque quisiera, que yo mismo no he pisoteado a unos cuantos; en especial a los que, por pesados o por lerdos, se iban hundiendo en el barro, pues las costas de la Patria Querida son barrosas en ese sector. Casi la mitad, según calculo, habrá perecido en ese trance tan penoso. Pero había que evacuar a cualquier precio. Los restantes, a mi entender la mayor parte, perdió la vida en el cruce del río. Este río, nuestro río, el río color de león, el río más ancho del mundo. Debo decir, y no es una protesta, que no se cumplió la promesa formulada por Ese Gran Argentino: las aguas del río no se abrieron a nuestro paso. No se abrieron, así de simple, siguieron ondeando como si tal cosa. No lo digo como protesta, sino porque me parece conveniente que tan notorio contratiempo sea conocido por Ese Gran Argentino, apenas desembarque de la cañonera y se haga un cuadro de situación de lo que ha estado pasando. El río no se abrió a nuestro paso para dejarnos cruzar y salir. Y hubo muchos que perecieron porque no sabían nadar. O sabían, pero no estaban en condiciones de sostener tanto braceo y tanto pataleo, el necesario para llegar hasta la isla según el plan previsto en el instructivo del Gran Repliegue. No llegaron, hubo muchos que no llegaron. Muchos se ahogaron en la costa, porque no sabían nadar, y muchos porque se cansaron o se acalambraron y se fueron hundiendo

por el camino, mientras nadaban. El agua aceitosa es más espesa y dificulta notablemente la natación. Debo decir, no obstante, y no por afán de denuncia, apenas como simple observación, que la mayor parte de los argentinos que quedaron en el fondo del río ni siquiera hicieron el intento de nadar o de flotar. Entraron en las aguas venenosas del río color de león caminando dócilmente, hasta tal punto daban crédito a las palabras proclamadas por Ese Gran Argentino con el megáfono que le arrimaron para que se dirigiera a la población desde la sentina de la cañonera justo antes de su partida. Le creían, le creyeron, tanto como para responder a la guía de sus palabras y no a la evidencia que a sus ojos se ofrecía, y que a todas luces dejaba ver que las aguas del río no se abrían a nuestro paso ni se abrirían nunca tampoco. No lo digo como queja, mucho menos como reclamo, sino apenas para que la situación pueda ser convenientemente evaluada por Ese Gran Argentino, cuando le cuadre, o bien por la Junta Grande, cuando consiga reunirse y existir. Con ese fin, y no con otro, anoto estas prontas palabras en unas hojas mal secadas que apoyo sobre algunas espaldas que se aprietan contra mí aquí en mi entorno. Porque ya lo he dicho, ya lo he dicho con claridad: estamos apretados. Hacinados en la isla, encimados unos con otros, aquí en la isla, los argentinos.

Un grupo del sur se subleva. Quieren volver a su Nada, añoran esa anchurosa Nada. Dicen que ningún lugar puede ser peor que éste. Les molesta la falta de espacio, pero más que eso la humedad. “¿Quién era Martín García?”, interrogó uno, apretujado. “¿Quién era, eh? ¿Quién era? Ni siquiera lo sabemos. No sabemos ni dónde estamos”. No duró mucho la perorata. Lo cuento porque quiero informar. Es gente del sur, añora su Nada. El Coronel del Pueblo los hace callar. Les chista y hasta pega un fustazo en el montón. “De aquí no se mueve nadie”, los conmina, “porque este suelo que pisamos es el suelo de la Patria Querida”. Mejor se van portando los del Norte, los Latinoamericanos. Esos sí que no dicen nada, como no sea para alertar sobre el asunto que más nos preocupa por estos días: el hecho indefectible de que el agua en las orillas esté subiendo. Fuera de eso se callan, e incluso eso más que proclamarlo lo murmuran. El agua del río está subiendo en las orillas de la isla. ¿Es creciente, es sudestada? No tenemos ni la menor idea. Perdemos gente en esos bordes, porque el agua se los lleva o al fin los tapa. Los que quedamos, más hacia adentro, nos vemos en la necesidad de apretarnos más todavía.

Créase o no, hay depravados que encuentran motivo de excitación en este estar tan en amasijo. A excitación sexual me refiero, y lo digo con el pudor del caso. Es inadmisibile, desde todo punto de vista inadmisibile, y



sin embargo ocurre. En las noches sin luna se agrava la situación y los fustazos del Coronel del Pueblo no dan abasto para aplacar calenturientos. Nadie lo dice, pero muchos lo pensamos: no es imposible que sigamos aquí, comiendo yuyos y tomando aguas hervidas, aún dentro de nueve meses. Quiera Dios que no: que prospere el Proyecto Oriental o que podamos retornar a nuestra Patria Querida. Pero quizás, y no hay que descartarlo, ni una cosa ni la otra ocurra antes de los nueve meses. Y en ese caso sería directamente suicida agregar habitantes a este suelo de la isla donde apenas cabemos los que somos. “Gobernar no es poblar” se convirtió en nuestra consigna; pero hay gente que no entiende, o entiende pero no quiere hacer caso, o quiere hacer caso pero no puede.

Veré de hacer llegar estas notas algo urgentes a los integrantes de la Junta Grande, no bien logre sesionar. La Insurrección del Sur recrudece y se hace difícil contenerla. Los más decididos exigen volver a la Patria Querida de inmediato. Dicen que su Nada los espera y que no aguantan más los mosquitos empapados del lugar. Hay un ala moderada dentro de los sublevados, acaso con apoyo de una franja de los del norte que añora sus siete colores, dispuestos a hacer una Expedición Exploratoria. Después de todo, así argumentan, no sabemos a ciencia cierta qué fue lo que pasó en el continente. Procedimos al Gran Repliegue cuando supimos del Derrame Letal que al parecer se tramaba, pero hay que reconocer que tienen razón los que dicen que carecemos de certezas al respecto, que no sabemos en verdad qué pasó.

El Primer Trabajador ha fabricado con sus fatigadas manos una radio a transistores casi buena. Funciona tan sólo en las noches y agarra Radio Colonia. Hace ruido en el parlante, pero es clara si se le coloca un audífono. El Coronel del Pueblo se encaja el audífono bajo la gorra y nos va comunicando lo que escucha. El Proyecto Oriental tan comentado, que es nuestra gran esperanza, en principio no prospera. Los hermanos del Paisito están dispuestos a recibirnos, pero no a dejarse anexionar declarando que cometieron un error garrafal al separarse de nosotros, nosotros la Gran Nación. No lo ven como un error, y mucho menos ahora. Ya cruzamos medio charco; si queremos cruzar la otra mitad y arrimarnos, nos harán lugar sin mayor queja. Pero ceder el Paisito y agregarlo a la Gran Nación lo rechazan absolutamente todos los que hablan por Radio Colonia en el tiempo que no ocupan los sorteos de quiniela y la tómbola. Lo toman a risa inclusive y hacen chistes no sin gracia.

¿Cómo podemos estar tan seguros, después de todo, de que los hermanos del Otro Lado produjeron en efecto el tan temido Derrame Letal? Lo dimos por descontado y procedimos al Gran Repliegue ordenado por Ese Gran Argentino. Nos vinimos para acá: a la isla que nos apiña y es ahora la Patria Querida. Pero en lo concreto no tuvimos confirmación de lo que sucedió después. ¿Y si al final no pasó nada? ¿Si fue todo idea nuestra? ¿Si nos dejamos llevar en demasía por nuestra eterna suspicacia con los hermanos del Otro Lado? No pocos juran que lo vieron, y que lo vieron con sus propios ojos sin mácula de susceptibilidad. Ahí donde yergue el Ande su cumbre más alta, y acuciados por la estrechez que los puso tan a lo largo, según parece ellos montaron los instrumentos para activar el Derrame. Se subieron, por así decir, al biombo de la cordillera, dispuestos a valerse de la pendiente de las laderas para inundar, para anegar, para cubrir la Patria Querida. Evacuamos, nos vinimos, pero un grupo de sublevados se propone hacer ahora una Expedición Exploratoria para verificar si algo pasó. El Coronel del Pueblo por ahora los contiene, previniéndoles que lo mejor es esperar a que la Junta Grande se reúna y se pronuncie. Por el momento hay que aguantarse acá.

Aguantamos, pero apretados. Muy pero muy apretados. Somos menos, si se lo piensa, considerando que el agua que sube en los bordes se va llevando a unos cuantos de nosotros. Pero la situación no mejora por eso, porque a la par que se los lleva reduce también con la inundación el espacio de que disponemos. ¿Cuándo se supone que empezarán a bajar las aguas? No hay creciente sin bajante y todo es cuestión de tiempo. En Radio Colonia daban informes al respecto, pero hace días que el aparato funciona mal y no recibimos noticias. Acaso ya se reunió la Junta Grande, acaso ya fue convocada por Ese Gran Argentino desde la cañonera, acaso los hermanos del Paisito han cambiado de parecer, y nosotros ni enterados estamos.

El agua avanza. Hoy trajo hasta mí una botellita vacía que flotaba en un remolino. Sentí pena o nostalgia al verla, me recordó a la Patria Querida. Me la guardé sin decir nada.

El Primer Trabajador logró por fin componer la radio y lo hizo con ventaja, ahora se escucha en gran volumen y para todos. La subida del río nos preocupa y esperamos con ansiedad el noticiero de las once de la noche. Nos sentimos en general tan agotados que nadie se ocupa ya de impedir que alguien procee o se subleve, empieza a darnos todo lo

mismo. Es efecto del agua que crece y que empieza a igualarlo todo. Las noticias llegan puntuales. Primero las de los vecinos: Peñarol y Nacional definen el campeonato de 2110. El turismo del mundo visita sus playas. Acaba de inventarse el lintermo, el termo que es también linterna. Ni mencionan el tema de la reunión con la Gran Nación de la que antaño se desprendieron. Tampoco dicen nada sobre nuestra Junta Grande o sobre el Derrame Letal en nuestra Patria Querida. Acerca del río señalan un hecho que más bien nos desconcierta: señalan que se encuentra en su nivel más bajo. Siguen luego con las noticias del mundo, pero ya nadie quiere escuchar.

El río está bajo, y no obstante en nuestras orillas crece y crece sin cesar. ¿Cómo se entiende? La conclusión es simple y terrible: no es el río lo que sube, es la isla que se está hundiendo. Demasiada gente, demasiado peso, nos vamos a quedar sin nada. Se hunde primero en los bordes, porque por su forma se hincha y aumenta justamente en la parte del centro. Pero es así: se sumerge, va para abajo, se va dejando tragar día a día por el río color de león. A juzgar por el ritmo del progreso de las aguas nos quedan no más de tres jornadas en superficie. Nos espera lo profundo, pero en sentido literal. No alcanzaremos a ser salvados por Ese Gran Argentino, ni aun cuando desembarque por fin. Tampoco por la Junta Grande, si por caso se reuniera. Se hunde la isla, la Patria Querida. La radio a transistores ha dejado de funcionar, se dice que el Primer Trabajador decidió dañarla adrede.

¿Quién era Martín García? Lo supe y no me lo acuerdo. Pienso en eso con ironía, porque tengo el agua hasta el cuello. Concluyo estas notas sobre el cuerpo fenecido de un compatriota flotante. Me dispongo a guardar las paginitas en la botella vacía que encontré y que conservé. Con un poco más de tiempo podría elegir a conciencia unas últimas palabras de envergadura: ay patria mía, muero contento, alguna frasecita así. Pero no puedo, nos tapa el agua. Lo cierto es que nos tapa el agua. No suena impactante, pero es la verdad. Nos tapa el agua. Nos tapa el agua. Nos tapa el agua.